

# Reflexiones

## Notas para pensar el nuevo escenario internacional, una perspectiva latinoamericana

José Antonio Viera-Gallo<sup>1</sup>

**Recibido:** 29/03/2026

**Aceptado:** 29/03/2026

**Publicado:** 01/04/2026

- ❖ Cómo citar este artículo: Viera-Gallo, J. A. (2026). Notas para pensar el nuevo escenario internacional, una perspectiva latinoamericana. *Relaciones Internacionales*, 35(70).

Estamos viviendo tiempos decisivos a nivel internacional y en nuestra región.

Frente a los radicales cambios que atraviesa el sistema internacional conviene asumir una actitud de sencilla perplejidad. Hay que superar el impacto que provocan las declaraciones de ciertos líderes marcando zonas de influencia exclusivas y excluyentes y una tenue línea que separa la paz de la guerra.

Recuerdo que durante la pandemia se repetía una frase que resumía el desconcierto sobre el futuro: “nada será como era, pero todo seguirá siendo igual”. Es la reacción frente a los cambios profundos e inesperados.

Los expertos intentan ponerle un nombre a la nueva época que vivimos, y adelantan diversas hipótesis interpretativas: unos afirman que hemos entrado a un nuevo Medioevo; otros retoman las tesis de la decadencia de Occidente o que estaríamos en una situación similar a la que vivió la república de Weimar antes del triunfo nazi, pero esta vez a nivel global. ¿Hemos caído en la trampa de Tucídides con el desafío de China a los EE. UU.? ¿Podemos hablar con propiedad de un Sur Global? ¿Está la globalización cambiando de rumbo

---

<sup>1</sup> Ex Embajador de la República de Chile ante la República Argentina.

ante el impacto del proteccionismo selectivo? ¿Qué pasará con la disputa por el control de las redes de conectividad y del espacio? ¿Y el repunte de la carrera armamentista?

América Latina ha pasado a ocupar un lugar estratégico en la política exterior de los Estados Unidos. Estamos ante una actualización de la Doctrina Monroe, donde se entrecruzan percepciones de la seguridad interior y exterior: se habla del terrorismo internacional junto con el crimen organizado y las migraciones masivas.

El nuevo escenario mundial abriría espacio a los líderes depredadores afirma **Giuliano Da Empoli**, que moldean la realidad mediante la fuerza y aprovechan el caos. **Anne Applebaum** en su libro *Autocracia y Cia.* sostiene que *“en el siglo XXI las autocracias ya no son sistemas cerrados, sino una red global que comparte recursos, narrativas y estrategias para debilitar a las democracias desde dentro.”*. Algunos califican a los tiempos actuales como “salvajes”, fuera de las normas.

Han surgido nuevos actores relevantes en el escenario internacional. No sólo en el Asia Pacífico. También las grandes empresas tecnológicas hacen oír su voz directamente. La riqueza se ha concentrado en un puñado de personas. Sin embargo, grandes masas de la población están superando la pobreza, principalmente en China.

Se difunde un malestar entre los jóvenes –la llamada generación Z- quienes protagonizan protestas masivas contra la corrupción, la falta de horizonte laboral y las restricciones al acceso a internet.

Me pregunto: ¿los habitantes del Medioevo o del Renacimiento sabían a ciencia cierta el sentido de la época que estaban atravesando? Pienso que se sentían protagonistas de algo diferente cuyos alcances y significado desconocían. Los conceptos con que identificamos esos períodos históricos se plasmaron varios siglos después.

Algo nuevo está plasmándose que no sabemos definir.

Hecha esa salvedad, asumamos que estamos abandonando una época que buscó fundar su pensamiento en la razón analítica y en la afirmación de ciertos valores universales. A partir del Iluminismo se crearon los mega relatos de la modernidad.

Luego vino la toma de conciencia sobre los límites de la racionalidad moderna –que se ha llamado a falta de un nombre mejor, postmodernidad- y ahora hemos pasado a la exaltación de la espontaneidad del mercado y de un mítico estado de naturaleza, mientras se expande el enfoque geopolítico de las relaciones internacionales.

Bien avanzado el siglo XX empieza a erosionarse la aceptación de los valores, instituciones y reglas nacidos de la postguerra. Reiteradamente son dejados de lado por las grandes potencias que decían defenderlos. No podemos caer, pues, en una añoranza ilusoria sobre el pasado reciente, que no fue siempre coherente ni respetuoso de los principios que proclamaba.

La nueva situación internacional -como la vida- exige aceptar que no lo comprendemos todo. El asombro no es parálisis, sino una forma de humildad epistemológica: nuestra capacidad de conocer es limitada y por ende siempre provisoria. Esta actitud está en las antípodas de una posición escéptica, más propia de la mentalidad de los sofistas, y de quienes asumen ideologías cerradas.

Del siglo XX debemos rescatar —además de la experiencia— el reconocimiento de los derechos humanos y de los pueblos. Como escribió **Eric Hobsbawm** esa es “*la más grande y quizá la única conquista moral universal del siglo XX*”, que nos sirve como linterna para orientarnos.

El consenso internacional en torno a la noción de dignidad humana y a la paz nació como una reacción ante las catástrofes políticas y morales del siglo XX —las dos guerras mundiales, el Holocausto, el colonialismo, el racismo y las dictaduras—, y resurgió con el regreso a la democracia en nuestra región y el sur y el este de Europa, y el fin del apartheid; pero su efectividad quedó limitada por las asimetrías del sistema internacional.

Hoy ha perdido impulso ese movimiento que dio origen a la Carta de la ONU de 1945 y a las convenciones sobre derechos humanos, que tuvieron un positivo impacto en el constitucionalismo de los Estados, en la jurisprudencia de tribunales internacionales y en la conciencia de los ciudadanos.

No fue, sin embargo, un tiempo perdido. Entre los tantos avances recordemos el proceso de descolonización —los 51 países fundadores de las UN hoy son 193— y los tratados de control de las armas de destrucción masiva. El último gran hito fue la creación de la Corte Penal Internacional con competencia para sancionar los crímenes más graves a nivel internacional, y que ha debido sortear múltiples obstáculos para ejercer su jurisdicción.

Sin embargo, la ilusión de una expansión rápida de la democracia luego del fin del comunismo en la URSS y la Europa oriental duró poco. Reaparecieron el choque de civilizaciones previsto por **Huntington**, los fanatismos religiosos, se multiplicaron las guerras fratricidas, las catástrofes humanitarias, el terrorismo internacional y los genocidios y el flagelo del crimen organizado. El cambio climático como un reloj de arena sigue marcando la cuenta regresiva.

El propio **Fukuyama** que impulsó esa visión optimista, en un trabajo de hace poco tiempo diseccionó con rigor los avatares del liberalismo y, con agudeza, distinguió su versión clásica de las simplificaciones del neoliberalismo.

A diferencia de la Guerra Fría, ahora no compiten dos ideologías y dos sistemas contrapuestos. Las disputas se dan dentro del capitalismo. Sólo que a los modelos anglosajón, escandinavo y renano ahora habría que añadir los modelos ruso y asiático y tal vez la versión árabe, africana y latinoamericana del capitalismo.

Las nuevas relaciones internacionales se van configurando en varios escenarios simultáneos y superpuestos: algunos de dimensiones globales, la mayoría sólo regionales o incluso locales; pero que se imbrican entre sí en un equilibrio inestable. Es más complejo que la idea de un mundo multiplex, que puede dar la impresión de compartimentos estancos con poca relación entre sí.

**Norbert Lechner** advirtió en la década de 1990 que era preciso “*aprender a orientarse en la incertidumbre; sin buscar certezas*”. Una cosa, sin embargo, parece segura: vivimos en una era más compleja e interconectada. **Teilhard de Chardin** anticipó que se extendería sobre la tierra una nueva capa de conocimiento y conciencia que llamó noósfera. Lo que no sabemos es como se articularán las relaciones internacionales en ese contexto.

Uno de los mayores desafíos que enfrentamos –a mi juicio- es que los principios y valores que han dado sustento al derecho internacional y que debieran seguir siendo nuestro norte, hoy están puestos en tela de juicio o simplemente son ignorados o considerados irrelevantes. Antes eran interpretados de diversas maneras, según los intereses de los Estados o de los grandes poderes económicos, pero nadie se atrevía a contradecirlos abiertamente.

Hoy no operan eficazmente las instituciones para resolver los conflictos ni para hacer respetar los derechos humanos y de los pueblos. El multilateralismo –aunque debilitado- se mantiene en diversas instancias más bien regionales como un espacio de diálogo y de contención, y la ONU en su aniversario 80 sigue siendo el lugar de encuentro de toda la comunidad internacional.

Para orientarnos en la nueva época debemos evitar el idealismo ingenuo y el realismo escéptico que reduce todo a un juego de intereses. Cuando **Grocio** escribió que *“el derecho no desaparece, aunque todos los hombres lo desconozcan”*, estaba afirmando que existen principios universales de justicia que trascienden las voluntades particulares y los intereses de los Estados.

¿Cómo articular, entonces, el análisis de la realidad con la afirmación de esos principios? El camino no puede ser meramente deductivo, sino más bien desentrañando en el desarrollo de los acontecimientos las mejores alternativas. Hay que partir de la experiencia y del estudio del caso concreto, teniendo siempre a la historia como referencia, con sus luces y sus sombras.

Resulta inoficioso –a mi entender- buscar una interpretación global de todo lo que sucede en la esfera internacional, como si obedecieran a una lógica. Hay que admitir que atravesamos tiempos contradictorios.

Este enfoque me parece especialmente pertinente en América Latina, una región que ha ido perdiendo protagonismo internacional, lo que **Alain Rouquie** ha denominado el *“eclipse diplomático”*, que se refleja en la falta de iniciativas significativas de política exterior. Una región golpeada por las décadas pérdidas en su desarrollo, y que hoy aparece políticamente fragmentada.

La integración regional no avanza como se esperaba. Sólo puede tomar un nuevo impulso si admitimos el pluralismo político y partimos de los desafíos comunes. No podemos pasar de UNASUR a PROSUR al vaivén de las oscilaciones políticas. ¿Por qué no retomar y proyectar el espíritu y la experiencia de la ALADI, que facilita acuerdos comerciales bilaterales y subregionales adaptados a las distintas realidades de los países? Y armoniza normas, promueve la convergencia entre diferentes organizaciones de integración y les brinda continuidad más allá de los ciclos políticos desde su creación en 1980. Igualmente debiéramos retomar lo avanzado por IIRSA (Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana) en proyectos de transporte, energía y telecomunicaciones en América del Sur para fortalecer la conectividad regional.

En América Latina tenemos que partir de la realidad tal como es -diría **Maquiavelo**- manteniendo la tensión ética que todo conocimiento trae consigo. Hay que evitar dejar de

lado los valores culturales y simbólicos que caracterizan a los pueblos y sostienen la convivencia pacífica, y sortear el peligro de escapar de los problemas haciendo sólo afirmaciones abstractas de principios generales.

Es el camino de la demagogia y la frustración. Los pensamientos y las palabras tienen su peso. Influyen en los comportamientos. ¿No escuchamos los discursos irresponsables que apelan al miedo y sólo difunden promesas autoritarias? Hay que encuadrar las políticas de seguridad en parámetros de legalidad. La eficacia sin normas sabemos cómo empieza, pero no donde termina. No se puede alcanzar la seguridad de unos a costa de los otros, ni a nivel nacional, ni a nivel internacional.

En política exterior el idealismo ingenuo y el realismo escéptico conducen a callejones sin salida. El Presidente de Finlandia ha hecho un interesante planteamiento en esta dirección llamando a combinar en forma virtuosa un enfoque objetivo de los fenómenos internacionales con la coherencia y valores del derecho internacional.

Esta perspectiva cobra particular relevancia en América Latina cuando surgen amenazas bélicas.

Una tarea primordial tiene la academia y la Universidad en estas circunstancias para reforzar el compromiso de los ciudadanos con los valores del derecho internacional y de la democracia siempre.

Este esfuerzo latinoamericano debe integrarse en uno mayor por revitalizar el derecho internacional, que enfrenta hoy una prueba decisiva. La Comisión Internacional de Juristas ha advertido que *“La renovación del derecho internacional requiere reafirmar su fundamento ético: la dignidad humana, la igualdad soberana y la cooperación solidaria entre los pueblos. Solo así podrá responder a los desafíos globales sin caer en el cinismo del poder.”* (2023). No se trata de restaurar un orden idealizado, sino de proyectar el derecho en un nuevo escenario culturalmente más plural para preservar los bienes públicos globales.

América Latina tiene una palabra que decir, por ejemplo, recuperando un protagonismo mayor en la ONU, justo ahora que le correspondería a la región ocupar la Secretaría General. La región fue una de las arquitectas de la juridicidad internacional.

No debemos olvidar que el derecho protege a los débiles y es garantía de paz.

A esa noble tarea intelectual y política estamos convocados.